LA GRAN CACERÍA

La gran cacería
© Juan Mayorga, 2025

Primera edición: junio de 2025

Copyright de la ilustración de cubierta:
© Daniel Montero Galán, 2025

© de la presente edición
Ediciones La uÑa RoTa, S. L.
Apdo. de correos 380, 40080 Segovia
ediciones@larota.es
www.larota.es

Maquetación: Arcadio Mardomingo

Depósito legal: SG 77-2025
ISBN: 978-84-18782-70-1

Impresión: Villena Artes Gráficas
Impreso en España

JUAN MAYORGA

LA GRAN CACERÍA

Ediciones La uÑa RoTa
Colección Libros Robados

La gran cacería se estrenó el 17 de noviembre de 2023 en la Sala Cuarta Pared de Madrid, con dirección del autor e interpretada por Will Keen, Ana Lischinsky y Fran Reyes. El 16 de octubre de 2024, en la Fábrica de Armas de Oviedo, se estrenó un segundo montaje con dirección de Luz Arcas e interpretación del autor.

A mis hijos, Miguel, Beatriz y Raquel

1

Goethe no visitó la catedral de Monreale. Lo leí sin darle importancia, pero hoy, después de haber entrado en ese lugar, me resulta incomprensible. ¿Será eso lo que no me deja dormir? El otro pasajero con quien comparto camarote sí duerme, o finge hacerlo. Cada noche, la víspera de llegar a un sitio, he leído las páginas correspondientes de *Viaje a Italia*, que Goethe publicó treinta años después de su aventura, seis más tarde que la *Teoría de los colores*. ¿Quizá sí visitase la catedral y luego lo olvidó? No lo creo. Al partir hacia Italia una madrugada de septiembre, bajo nombre falso, su propósito era –al menos eso expone treinta años después– «relacionarse con las cosas sin ninguna intención». ¿Qué quiere decir «relacionarse con las cosas sin ninguna intención»? Goethe se relacionó con muchas durante los veinte meses de aquel viaje que emprendió para evitar darse muerte y que transformó su espíritu, y con su espíritu el de Europa. Entró en la península por Trento; en Venecia le escandalizó la suciedad; apreció la limpieza de Nápoles, donde tomó una fragata a Palermo, la capital de los sicilianos, que también le pareció sucia. Dos semanas pasó Goethe en Palermo, a solo ocho kilómetros de Monreale. En la única ocasión en que se desplazó a Monreale, quien se hacía llamar Philip Möller porque no quería ser reconocido como el autor de *Werther*,

visitó el monasterio de San Martino, pero no la catedral. ¿Nadie le advirtió que, hallándose tan cerca, tenía que entrar en un sitio donde encontraría cosas importantes con que relacionarse? No hay razón para pensar que sí la visitase y, treinta años después, decidiese ocultarlo, me digo en esta noche de insomnio en el barco que me aleja de Sicilia. También yo salí de madrugada sin que nadie lo supiese; también yo viajo bajo nombre falso. Hoy regreso al continente en el mismo buque y con la misma tripulación que me llevaron a la gran isla. ¿He conseguido yo relacionarme con las cosas sin ninguna intención? ¿Conseguiría dormir si supiese qué me quita el sueño? Y vosotros, dondequiera que estéis, ¿sabéis vosotros qué es lo que os quita el sueño? Yo sí he visitado la catedral de Monreale. En la nave central, cuatro mosaicos cuentan la historia de Noé.

2

No son buenas fotos. No soy buen fotógrafo, y no disparé con el cuidado que hubiera puesto de saber que una noche iba a mostrarlas en un teatro. No fui a Sicilia a tomar fotos. No hubiera usado una cámara con la lente manchada –no hay que fijarse mucho para descubrir una sombra en la misma esquina de todas las fotos–. Ni siquiera las tomé desde buenas posiciones de disparo, ya que se estaba celebrando una boda y habían restringido el acceso a la mitad trasera del templo. El cual es del estilo que llaman árabe-normando, del que yo no sabía una palabra antes de mi viaje. Por fuera, me había hecho pensar en una fortaleza. Pero son los mosaicos de su interior lo que Goethe no hubiera olvidado jamás. El Pantocrátor del ábside. La tentación del desierto en el brazo derecho del crucero –a causa de la boda, tuve que fotografiar a Jesús y a su tentador desde muy lejos y en una posición incómoda–. Todos los mosaicos son bellos, pero los que esta noche vuelven una y otra vez a mi cabeza son esos cuatro sucesivos como viñetas de un cómic: la construcción del arca; la entrada de los animales; el diluvio; la salida de los animales al mundo, del que se han retirado las aguas. Pienso en ese barco mientras viajo en el vientre de este, en la noche. ¿Dónde he visto otro barco en que entraban y salían animales? Antes de acostarme, después de leer dos páginas de *Viaje a Italia*,

he subido a cubierta para hacer una llamada a mi hijo y resulta que hay una zona de jaulas. Jaulas para las mascotas de los pasajeros, que tienen prohibido llevarlas a sus camarotes. Jaulas muy pequeñas y jaulas muy grandes, he encontrado animales que no esperaba ver. ¿Había jaulas en el arca de Noé? Yahvé no las menciona. Yahvé dio a Noé instrucciones muy precisas: «Haz un arca de maderas resinosas. Hazla de cañizo y cierra las junturas por dentro y por fuera con betún. Así es como la harás: de largo, trescientos codos; de ancho, cincuenta codos; de alto, treinta codos. Haz una sola ventana y rematala a un codo por encima, pon la puerta en un costado y haz un primer piso, un segundo y un tercero». Ni una palabra sobre jaulas. ¿Dónde he visto otros animales entrando y saliendo de un barco? Al acabar la boda, la gente aplaudió a los novios, primero los invitados, luego los turistas, yo también aplaudí, todos deseábamos su felicidad. Esos aullidos, ¿vienen de cubierta o de mi insomnio? ¿Los oís vosotros, en vuestro insomnio, esos aullidos? Ya recuerdo: fue en la villa romana de Casale, también allí vi animales entrando y saliendo de un barco.